

## PRÓLOGO

"¿En qué estaría yo pensando?" es lo que me pregunto al profundizar en los motivos que me llevaron a escribir este libro. Muchas cosas pasaban por mi cabeza y mi corazón en aquellos momentos, aunque la más importante fue la de poder compartir con vosotros esta historia, que no es más que un reflejo de la de todos y cada uno de nosotros a través de este maravilloso viaje que es la vida y en la que cada paso es una nueva experiencia.

En muchas ocasiones os habrá pasado, ante una situación difícil o problemática, que, de repente, encontráis el interruptor que da luz a tanta oscuridad y, al verlo todo con más claridad, acabáis por preguntaros: «¿Qué es lo que tenía a mi mente tan ocupada como para no darme cuenta de que me estaba equivocando?, pero ¿en qué estaría yo pensando?». Es como hacernos conscientes, en un abrir y cerrar de ojos, de todo lo que hemos ido haciendo mal o que, ni siquiera tuvimos que haber hecho, ya que la mejor solución o el camino más sencillo estaba justo delante de nosotros.

Ahora que todos estáis asintiendo con la cabeza mientras recordáis algunas de esas situaciones, podéis comprobar también que lo ideal es que esta frase se nos siga viniendo al pensamiento hasta el último de nuestros días, pues si hay algo verdadero en la vida es que estaremos aprendiendo hasta el final.

No debemos preocuparnos demasiado con esta cuestión que nos recuerda lo equivocadamente que tomamos ciertas decisiones en algún momento ya que, precisamente ahora, sabemos que no eran las más acertadas porque tuvimos el valor de llevarlas a cabo.

Lo importante es saber rectificar, valorar el porqué de nuestros errores; seguir hacia adelante asumiendo que cometeremos otros muchos y tener presente todo lo que el día a día nos va enseñando para que, al menos, nos aseguremos de que no sean los mismos.

PRIMERA PARTE

TE AMO

POR ENCIMA DE TODO

## Capítulo 1. Sólo tú, amor.

Aquel viernes Silvia se levantó más activa que de costumbre. Tenía que reconocer que madrugar no era una de las cosas que más le gustase hacer. Para levantarse ponía un despertador que apagaba una y otra vez hasta apurar el último segundo en la cama. Pero ese día, nada más sonar, dio un salto y se puso en marcha.

Fue a la cocina y dio de comer a Tilo. Contaba que era una gatita muy tierna y que tenía el don de iluminar toda la casa, de ahí su nombre: TI-erna y LU-minosa. Se preparó un café y mientras se lo tomaba fue mirando qué ropa podría ponerse. Era una chica muy poco presumida, pero tenía que encontrar la vestimenta más adecuada para la ocasión. «Pantalón vaquero y camiseta negra de tirantes —concluyó». No era lo más llamativo de su armario, pero, teniendo en cuenta lo que se ponía normalmente, sería suficiente para parecer más arreglada que de costumbre.

Las "etiquetas" no iban con ella, aunque el resto se empeñaba constantemente en ponérselas. Donde todos veían una chica con estilo hippy, sólo había alguien que se ponía lo que le resultaba más cómodo. Unos pantalones anchos, cualquier camiseta y sus inseparables zapatillas de deporte. Su pelo era negro y le encantaba llevarlo cortado casi al cero. También era cuestión de comodidad, si le cogía apurada, no tenía ni que peinarse. Sabía, además, que a su pequeña cara le favorecía mucho y así podía lucir mejor sus grandes ojos negros sin que el cabello le molestara continuamente.

Esa mañana estaba enfrascada en sus emociones, en las ilusiones que tenía puestas en aquel día, hasta que el sonido del teléfono le devolvió a la realidad:

—Pero, ¿quién será a estas horas? —refunfuñó—. ¿Diga?

—¡Ey, Silvia! ¿Preparada para el gran día? —se oyó con emoción.

—Pero bueno, Cris, ¿para qué me llamas, si en una hora nos vemos en el trabajo?

—¡Sólo quería que empezaras el día con alegría, así el resto estarás en la misma sintonía!

Las dos comenzaron a reírse a carcajadas.

—¡Pues muchas gracias, amiga! Ahora te cuelgo y sigo con lo mío, que a este paso llego tarde a trabajar.

—Estupendo, allí nos vemos.

Cristina era una de las mejores amigas de Silvia y conocía sus intenciones respecto a aquel día. Siempre tenía tiempo para darle consejos a sus conflictos amorosos, aunque supiera que, finalmente, haría lo que le viniese en gana. A decir verdad, ella también los disfrutaba, porque, aunque no solían acabar bien, resultaban ser emocionantes. Estaba segura de que el destino de Silvia, respecto al amor, era ser una mujer en libertad, sin pareja, sin ataduras. Sin embargo, para Silvia, que andaba siempre enamorada, eso era una idea inconcebible.

Podía parecer que Silvia era una mujer que iba arrasando con toda aquella persona de la que se enamoraba, algo así como una "rompe corazones", aunque la realidad era otra muy distinta. Gustaba a los demás y podía atraer a quien se propusiera, pero su verdadera pasión era sentir el amor; el amor verdadero. Cuando se enamoraba de alguien luchaba hasta conseguir estar con esa persona y, una vez que la había enamorado, se entregaba por completo a ella. «Siempre lo doy todo, e incluso más de lo que tengo por amor, quizás este sea mi problema —se reprochaba cuando sus relaciones acababan yendo mal». Pero en cuanto se recuperaba, dejaba su reflexión y se lanzaba de nuevo a entregar su corazón sin ni siquiera pensarlo.

Al empezar a salir en pandilla, experimentó por primera vez los bellos sentimientos que envuelven al amor con algunos de los chicos que la rondaban. Siempre fue diferente al resto de sus amigas. No se maquillaba, no le gustaba ponerse vestidos, ni arreglarse más de la cuenta. Su lema era, y seguía siendo, ir siempre lo más cómoda posible. Le encantaba poder demostrar a sus amigas que, a pesar de sus pocos esfuerzos por atraer a través de su apariencia, siempre había algún chico detrás de ella. Pocas veces le decía que no la persona en la que se fijaba.

A pesar de la separación de sus padres, creía firmemente en el amor y, aunque las parejas no solían durarle más de un mes, seguía empeñada en encontrar a su príncipe azul. Lo que le resultaba más frustrante de aquello era el hecho de no poder evitar aburrirse muy pronto de los chicos con los que salía. Decía que todo era demasiado sencillo o, más bien, insulso:

—¿A dónde vamos?

—A donde tú quieras.

—¿Qué hacemos?

—Lo que tú quieras.

—¿Quieres que dejemos de vernos?

—Como tú quieras.

—Nooooooo.

Acababa por desesperar ante tan poca iniciativa. No se trataba de que pensasen por ella, pero buscaba algo de emoción en su vida. Quería sentir que el hombre con el que estaba era eso, un hombre. Deseaba ser mimada y protegida por él. Que al mirarlo pudiese sentirse segura y no pensar que era ella quien tenía que protegerlos y cuidarlos. Le daba la sensación de que al dejarlos morirían de pena. Siempre acababan suplicándole que no les abandonara, como si de una telenovela se tratase. Le parecía muy triste tener que verse en esas incoherentes situaciones.

Con el tiempo, al hacerse algo más mayor, entendió que lo único que podía compartir con un hombre era sexo. No le gustaba eso de los "encuentros de una sola noche", pero hasta ese momento, había sido lo más satisfactorio que había tenido con ellos. Estaba segura de que habría alguno que le pudiese dar lo que buscaba, sin embargo, no tenía más ganas de seguir "probando suerte".

Durante sus últimos años de instituto conoció a una pandilla de chicas lesbianas y acabó por integrarse con facilidad en aquel grupo. No se sentía identificada del todo con ellas, que siempre andaban rechazando a los hombres como si fuesen un tipo de bichos que les producían alergia, aunque lo cierto es que se sentía mucho más comprendida que con el resto de personas con las que se había estado relacionando. Pronto empezó a darse cuenta de que también algunas chicas le llamaban la atención y llegó a la convicción de que no encontraba el amor verdadero porque estaba buscando en el género equivocado.

No descartó a los hombres, pero se decantó mucho más por el sexo femenino, ya que las relaciones, en ese caso, se acercaban más a lo que siempre quiso tener. No se trataba de que la comprendiesen en lo más profundo de sus sentimientos, simplemente había entendimiento. Eran dos mujeres, que por muy diferentes que fuesen en personalidad, no dejaban de ser iguales en cuanto al funcionamiento básico del cerebro.

«¿Con quién sueles tener mayor entendimiento, con tu novio o con tus amigas? ¿Cuántas cosas puedes hablar con tus amigas, que nunca llegarás a

compartir con tu pareja? No es porque quieras ocultárselo, es que ya sabes la cara de bobo que se le quedará cuando le hables de eso. Pues la misma que se nos queda a nosotras cuando los vemos super emocionados hablando de fútbol o de los pechos de la que sale en la televisión. No es cuestión de ser mejor o peor, simplemente de aceptar que somos diferentes, argumentaba cuando sus amigas le preguntaban por qué ese cambio de "intereses". Eran todas esas diferencias entre ella y los hombres, las que no le dejaban sentirse totalmente a gusto con ellos.

Desde entonces, sus parejas fueron mujeres. Sin embargo, el cambio no hizo que le fuese mucho mejor. Sus relaciones comenzaron a ser más duraderas, aunque seguían sin acabar bien. Los "papeles" se habían cambiado, pasando ella a ser la triste persona que acababa suplicando que no la abandonasen. «Es que en esta vida no se puede criticar la actitud de otros porque nunca se sabe cuándo tú harás lo mismo, se decía».

La conclusión que se podía sacar del fondo de todas sus relaciones era que tenía mucho amor que dar, eso le encantaba. Poder demostrar cuánto era capaz de amar a alguien era uno de sus hobbies favoritos. Tanto en la conquista, como durante la relación e incluso al final, cuando le estaban diciendo que se acabó, ella con su corazón roto podía seguir teniendo muestras de amor increíbles, aunque, la mayor parte de las veces, no le llevaban a tener la respuesta esperada. Aun así, no era la típica mujer que estaba días, e incluso semanas, llorando la pérdida de un gran amor. A pesar de estar con el corazón herido, su mirada encontraba pronto a otra persona de la que poder enamorarse y, así, volver a dar vida a sus debilitados latidos.

Además de para el amor, tuvo tiempo para estudiar una carrera. El arte le apasionaba y la docencia también, por lo que se decantó por la historia del arte esperando poder trabajar algún día como profesora, enseñando a sus alumnos las maravillas artísticas que habían sido creadas a lo largo de los siglos. Después de licenciarse intentó superar las pruebas de oposición necesarias para desempeñar ese trabajo, pero en su país detrás de cada examen había mucho más que una persona objetiva valorándolos. Con los años entendió que conseguir un puesto fijo como profesora era, simplemente, cuestión de suerte. A pesar de no haberla tenido en las tres últimas convocatorias, su familia siempre la apoyaba y animaba a seguir intentándolo. Pensaban que debía trabajar sobre aquello que había estudiado y cualquier otra alternativa no cabía

en sus mentes. «Seguro que algún día terminarás trabajando de lo "tuyo", le repetían».

Mientras el milagro se producía Silvia trabajaba en "Creaciones S.L.", una empresa para la que diseñaba imágenes y eslóganes de publicidad. Le encantaba dibujar y aquel trabajo le permitía, en parte, desarrollarse en ese aspecto. No era el sueldo ni el horario deseado, pero hasta conseguir su puesto en un instituto le pareció genial cuando se lo ofrecieron.

Esperando un futuro mejor intentaba disfrutar de lo que tenía y, una vez que había conseguido deshacerse de su última relación, que había durado cinco años, se recreaba pensando en las maravillosas sensaciones que tenía estando enamorada. Quería volver a sentir las.

Era muy positiva, le encantaba disfrutar de la vida y de cada momento. De pequeña oyó en una película una frase que solía repetir a todos, y a ella misma, con mucha frecuencia. Era la pregunta clave a la hora de tomar importantes decisiones dando, cientos de veces, la mejor respuesta a las dudas que, en ocasiones, sus confusas amigas le habían planteado: "Si supieses con total certeza que tu vida va a acabar mañana, ¿qué harías realmente hoy?". Esa pregunta hecha a sí misma le llevaba a lanzarse, sin pensarlo, a cualquier reto amoroso. Por muy complicado que pudiese parecer siempre estaba segura de poder alcanzarlo.

Silvia era, sin lugar a dudas, una mujer diferente y muy particular. A sus veintiocho años, había muchos huecos que aún debía cubrir, pero desde muy pequeña había tenido algo muy claro, y era que no se iba a dejar arrastrar por las modas o los convencionalismos sociales. Quería ser y sentir como ella misma, no como la mayoría. Esa forma de ver la vida intentaba tenerla presente en su día a día; era jovial, siempre tenía una palabra amable o alguna frase que, inevitablemente, te hacía devolverle una sonrisa. Atraía a los demás con su luz, parecía dotar de energía a todo aquel que se acercase a ella.

Aquel día llevaba esperándolo algunas semanas, concretamente desde que la cambiaron de departamento y empezó a conocer a gente nueva por la que poder interesarse. Ese año le apetecía más que otros ir al almuerzo que celebraba la

empresa donde, al fin, podría tener una buena excusa para poder hablar con la mujer que le estaba robando el sueño cada noche. Ángela.

"La afortunada", tal y como la llamaba Cristina cuando quería referirse a ella, era una de las nuevas compañeras de Silvia. Ya la había visto antes por allí, pero hasta que no la tuvo cerca y pudo observarla y escucharla dando sus extensas explicaciones en las reuniones, no tuvo el tiempo suficiente como para sentir esas emociones que empezaban a dar vida a su cuerpo.

Ángela era una mujer que atraía a cualquier hombre y, en ese caso, también a Silvia. Su estatura era media, al igual que su peso y podemos decir, siendo exigentes, que hasta su belleza física. Pero había algo en ella que no se parecía en absoluto a la media. Al verla caminar se notaba toda su fuerza, podía sentirse toda su sensualidad, por mucha ropa que llevase era fácil adivinar el contorno de sus caderas, cada una de sus curvas. El morbo que irradiaba gustaba a todo el que la mirase, nadie quedaba ajeno a sus encantos, daba igual que fuese hombre o mujer. Quien la veía se sentía atraído por ella. Si además tenías el placer de intercambiar algunas palabras, ya no podías escapar. Era inevitable sentir la necesidad de conocerla más, de colarse en su interior. A los hombres los volvía locos, a las mujeres las convertía de inmediato en sus "mejores amigas". Era una atracción irresistible.

A los ojos de Silvia Ángela no iba a ser menos y, sabiendo que a más de uno le fascinaba, no pudo evitar la tentación de lanzarse para ser ella la que se quedase con la "princesa del cuento".

—Silvia, ya están todos saliendo para irnos al restaurante —le dijo Cristina impaciente.

—Gracias por avisarme, acabo este boceto y me reúno con vosotros.

—Pero venga, mujer, ya terminarás eso en otro momento —insistió.

—No puedo desaprovechar la idea que me ha venido, es sólo un segundo.

—Vale, como quieras, pero no tardes —le dijo resignada—. ¡Ah!, por cierto —dijo sin ninguna emoción— ahí viene Ángela, no sé que querrá —soltó una carcajada y se marchó.

Pensó que Cris estaba bromeando, pero al mirar hacia atrás, allí estaba. Ángela se dirigía directamente hacia ella. El corazón se le puso a mil. Hasta ese momento, sólo habían hablado sobre trabajo y en conversaciones de grupo, lo que distendía bastante la situación. Decidió seguir con lo que estaba y no pensar en nada. «Lo mismo pasa de largo».



—Silvia, pero, ¿qué haces aún trabajando? ¡Venga que nos vamos! —le dijo con ímpetu.

Por un instante, Silvia se quedó en blanco, pero, tras unos segundos, acertó a hablar.

—Sólo quiero terminar de esbozar esta idea —le contestó haciendo como que levantaba la cabeza para mirarla, pero sin llegar a despegar su mirada de la cartulina en la que seguía dibujando.

—Venga, que no te van a pagar más por eso. Ya lo acabarás mañana.

Le cerró el bloc y la cogió de la mano hasta levantarla de la silla.

—¿Tienes que coger algo? —le preguntó.

—El bolso —le contestó Silvia con cara de asombro.

—Toma. Vámonos, ya están todos esperando abajo para irnos, no querrás irte sola, ¿no? —le dijo mientras se dirigían juntas al ascensor.

Todo eso la dejó casi sin aire. Hasta llegar a donde estaban los demás fue Ángela la única que habló. Ella no podía salir de su asombro. Lo que acababa de pasarle había sido como decirle: «Ey Silvia, que a mí también me gustas». Tendía a darle a ese tipo de frases o gestos el significado que a ella le convenía. Para comenzar su conquista eso era importante porque, de esa forma, se sentía mucho más segura a la hora de insinuarse a la persona que le gustaba. La actitud de Ángela le hizo creer que, al menos, le caía bien, en caso contrario no se hubiese molestado en ir a buscarla. Para ella fue el primer paso de todo lo que se proponía conseguir aquel día.

Ángela se caracterizaba por ser una persona abierta y extrovertida, a la que le gustaba caer bien a todos y que era muy consciente de poseer el poder para conseguirlo. Al ver a Silvia aún allí, estando el resto abajo esperando, le pareció que lo mejor sería que bajase con ella para poder irse todos juntos al restaurante. Hubiese hecho lo mismo con cualquier otra compañera que hubiese encontrado en la misma situación.

El almuerzo transcurrió con total normalidad y el vino hizo que el ambiente fuese cada vez más relajado y confortable. Una vez habían tomado el postre y algún que otro chupito, algunos decidieron volver a sus casas, mientras que otros optaron por continuar tomando unas copas más.

Ángela decidió continuar en la fiesta. No hacía mucho que había terminado una relación y tenía ganas de salir, divertirse y no pensar en él. Había sido una

bonita historia de amor, en la que habían compartido experiencias muy importantes en sus vidas y de la que aún le quedaba más de un recuerdo. Sin embargo, tenía gran capacidad para seguir adelante a pesar de las dificultades, lo que le permitía mantenerse firme ante su decisión y no volver la vista atrás, aunque la nostalgia le rondase de vez cuando el corazón.

—Voy a pedir una copa, ¿quieres algo?

—Sí Silvia, gracias, yo iba también a pedir. ¿Vamos juntas?

—Sí claro, pero me dejas que yo te invite.

—Vale, así te debo una y puedo invitarte después.

—¿Qué tomas?

—Whisky con cola, por favor —le dijo Ángela—. Y pídemme una cañita, si tienen.

—De acuerdo, whisky con cañita —le sonrió Silvia.

Estaba encantada. El simple intercambio de palabras con ella, sin que tuviesen nada que ver con el trabajo, le aceleraba las pulsaciones. Era un momento perfecto para darse a conocer y poder llamar la atención de Ángela. Pensaba que no se fijaría en ella así como así, ya que le gustaban los hombres, por lo que su única baza era su propia personalidad. Lo demás ya vendría después.

Otra de sus ventajas era la ambigüedad. Había sido cortejada en más de una ocasión por mujeres heterosexuales. El morbo que despertaba era inevitable. La mayoría de las veces no eran capaces de pasar de las palabras o las insinuaciones para llegar a algo más, pero las copas les facilitaban el dejarse llevar y Silvia podía notar esa atracción física que sentían, el fuerte calor subirse por sus piernas y recorrer sus cuerpos cuando se ponían a hablarle en el oído con la excusa de que la música estaba demasiado alta. Eso le agradaba, pues «a todos nos gusta gustar, pensaba a menudo».

Al principio, sin embargo, estas situaciones le resultaban molestas y le hacían sentir como un conejillo de indias en un laboratorio. «Alguna vez me he planteado "probarlo" con una mujer, le habían dicho». «¿Probar qué? ¿Qué soy, un plato de degustación?, les contestaba en su mente». Con el tiempo, aprendió a disfrutar de esos momentos, ya que pudo comprobar que, normalmente, aquel "plato de degustación" acababa convirtiéndose en el preferido de quienes tuviesen el valor de "probarlo".

Pasaron la noche con algunos compañeros más, pero sobre todo hablaban entre ellas, bailaban y se insinuaban constantemente. Silvia no paraba de seguirla

con su mirada allá a donde fuese. Aunque no fue hasta bien entrada la noche, cuando las conversaciones empezaron a tomar otro rumbo.

—¿Cómo es posible que llevemos todo el día sin separarnos? —le preguntó Ángela queriendo ponerla en un aprieto.

—Pues está claro, esto es una comida de empresa, y tú y yo trabajamos en la misma, ¿recuerdas? —dijo Silvia riéndose.

—Eso ya lo sé, pero es que no te has despegado de mí desde que llegamos.

—Ángela, a ti te venía bien una compañera de copas y a mí alguien que me invitase a unas pocas. No ha sido más que eso, el Universo lo sabía y nos ha unido para compensarnos.

—Espero que antes de que acabe la noche me digas qué quieres de mí —insistió Ángela.

Silvia soltó una carcajada.

—¿Por qué piensas que quiero algo de ti? ¿Porque me gustan las mujeres? —contestó como si le hubiese ofendido.

Aunque la realidad era que se había quedado sin saber qué decir por la seguridad que Ángela mostró en su afirmación y porque, evidentemente, no le terminaba de gustar que se le notara tanto que le atraía.

—No te molestes, no he querido decir eso. Pero espero que tengas claro que a la que no le gustan las mujeres es a mí, ya que estarías en un gran error.

—Mira, Ángela, yo creo que todos estamos abiertos a sentir, ya sea morbo, amor o atracción por todas las personas, independientemente del sexo. Y si crees que el hecho de que te consideres heterosexual me va echar para atrás, estás muy equivocada. Precisamente las mujeres homosexuales no suelen atraer mi atención.

—Y eso, ¿no es una contradicción? No miras el sexo, ¿pero si la condición sexual para tener relaciones?

—Yo no miro nada, sólo digo que no suelen llamar mi atención, simplemente porque la mayoría de las mujeres homosexuales son muy masculinas, y para estar con una mujer así prefiero estar con un hombre. Si estoy con una mujer, me gusta que sea femenina, presumida, sensual, en resumen, todo lo que tú eres... —le soltó sin más.

—Ajá...pues...gracias —dijo algo sonrojada.

No esperaba esa afirmación tan directa. La noche continuó prácticamente igual, pero esa última conversación había dejado a Ángela algo desconcertada. Vio que detrás de aquella chica que parecía carecer de experiencia y de tener las

ideas claras, se escondía alguien que había tenido que hacer frente a todo un mundo lleno de incongruencias y aspectos contrarios a todo lo que llevaba dentro. Por unos minutos se quedó mirándola, observándola y admiró su seguridad, su entereza. Le produjo una fuerte curiosidad.

A Ángela le gustaba mucho leer, viajar y la cultura en general. Encontraba algo que aprender en todo lo que le rodeaba. La historia y el conocimiento de otras culturas eran algunas de sus mayores pasiones, de ahí que se hubiese decantado por estudiar arqueología. Aunque no pudiese estar constantemente de viaje, sí que estaba a menudo aprendiendo de otros países. Cada vez que se le acercaba algún vendedor ambulante extranjero acababa sentado a su lado contándole todas las costumbres del lugar del que procedía. A sus treinta y cinco años sabía empaparse de todo aquello que le pudiese aportar algo. Cuando salía se dejaba arrastrar por cualquier tema que fuese un poco más allá de lo convencional. Efectivamente, con una conversación interesante podías ganártela.

Silvia no se dio cuenta, pero con esas breves explicaciones sobre su forma de entender el amor, o las relaciones, despertó la curiosidad de Ángela, la cual pensó que dentro debía guardar mucho más, y eso no quería perderlo.

Antes de que la noche pudiese dar paso al día, Ángela decidió que ya iba siendo hora de volver a casa. Silvia, mujer atenta donde las haya, se ofreció a acompañarla. Por el camino se dejaron llevar por los efectos del alcohol y, mientras hablaban, ya a esas horas de temas banales, sus cuerpos se decían otras cosas. No podían evitar, al andar, rozar sus manos, sus dedos, cogerse por unos segundos de la cintura mientras simulaban decirse al oído un secreto que no era tal. Durante esos minutos, en aquel paseo, se despertó entre ellas una fuerte conexión física que las acaloraba y excitaba sin tan siquiera tocarse.

—Bueno Silvia, aquí vivo yo.

—Muy bien. Ya estás sana y salva en casa, así que ya puedo irme tranquila.

Ángela comenzó a reírse.

—Pero, ¿qué piensas, que no puedo cuidar de mí misma? —dijo vacilándole.

—Claro que sí, pero si tienes a alguien que te ahorre ese trabajo, es mejor, ¿no crees?

—Creo que eres demasiado atenta y romántica y eso no trae nada bueno.

—Eso es lo que tú dices. Yo creo que el amor, cuando se siente de verdad, es totalmente maravilloso.

—Sinceramente Silvia, a mi me apetecería volver a verte, pero no para enamorarnos, sino para disfrutar del momento, para pasarlo bien. No sé si me entiendes.

—¿A qué te refieres? ¿A tener sólo sexo y diversión? —le soltó entre risas, que pronto se vieron acompañadas de las de Ángela.

—Bueno, sexo no sé... pero podemos empezar por la diversión ¿Te apetece? —se atrevió a decirle.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, por mucho que crea en el amor, siempre acabo con el corazón roto y esto parece interesante... o al menos divertido.

—Está bien, ya nos llamamos, ¿vale? Descansa. Y ¡gracias por acompañarme a casa! —le gritó mientras se alejaba.

—¡Ha sido un placer, hasta mañana!

Silvia no salía de su asombro, su sonrisa le llegaba de oreja a oreja y su risa era una carcajada entrecortada. No podía haberse imaginado que iba a vivir todas esas emociones en aquel primer acercamiento. No puede decirse que se besaran, pero sus labios estuvieron tan cerca que para ella fue como hacerlo. La capacidad de abrir su cuerpo a las sensaciones y emociones externas le hacía sentir todo lo que Ángela había desprendido a su lado. Atracción, deseo, pasión... Era más de lo que había soñado y mucho mejor; una sensación mágica y maravillosa, que la hacía querer mucho más.

Al llegar a casa cogió su diario, ése que comenzó a escribir durante el periodo en el que estudiaba en la universidad y al que había bautizado como *Mi mundo*. Se sentó con su gran sonrisa en el sofá y ante la atenta mirada de Tilu, dejó que sus pensamientos fluyesen sin más.

*Querido diario...*

*...de nuevo hoy te hablo del amor... mi pasión. Me paro a pensar en él, en lo que me hace sentir en el interior y, poco a poco, voy descubriendo que es un sentimiento, un modo de querer, que no tiene forma definida. Tal vez me equivoque, pero me atrevo a afirmar que hay tantas formas de amar como personas en el mundo. Nacemos rodeados de valores sociales entre los que, prácticamente en todas las culturas del mundo, el tener una pareja es algo obligatorio en la vida. Pero seamos objetivos, esto es así por la propia ley de la*

naturaleza, pues tenemos que seguir reproduciendo nuestra especie. Lo que me pregunto es: ¿Hasta qué punto el procrear está relacionado con el sentimiento del amor? ¿Qué está antes, el amor o el instinto natural de buscar una pareja adecuada para procrear? ¿Te enamoras de la persona que ves idónea para ser el padre o madre de tus hijos, o ves cómo padre o madre de tus hijos a la persona que ves idónea para enamorarte? ¡Ay, qué extraño y complicado puede ser algo tan sencillo como amar a alguien!

Lo que me ocurre, mi querido diario, es que no puedo evitar pensar que el tiempo va pasando y nuestra sociedad va haciendo del sentimiento del amor un compromiso. Algo que queda a la altura de ser un objetivo más en la vida, como conseguir un trabajo o vivir en la casa que deseamos. ¿Realmente es el amor sólo eso en nuestra vida? Si lo preguntáramos al mundo, seguramente la mayoría respondería que no, sin embargo, deberíamos pararnos a pensar en cuántas relaciones de pareja conocemos. Incluyendo la nuestra si la tenemos, incluso otras que hayamos tenido anteriormente. Hagamos memoria y recreémonos en lo que es por norma general el amor hoy en día. Cuántas personas hay que dicen seguir con sus parejas "por comodidad, por rutina, porque le quiero mucho aunque ya no le ame, porque no voy a encontrar a nadie que me quiera más, por mis hijos, porque no quiero estar solo, porque mi familia le tiene mucho cariño", y un largo etcétera que nos daría para escribir... incluso un libro.

El amor hacia la pareja, la familia o incluso las personas que nos cruzamos por la calle, es el más bello sentimiento que se puede tener. El verdadero amor no entiende de defectos, ni de rencores, no entiende de errores, ni de exigencias y consiste, simplemente, en respetar a la otra persona tal y como es. Si entendemos y practicamos eso, y encontramos a alguien que también lo hace por nosotros, podemos sentir el amor verdadero.

Cuando nos enamoramos todo nuestro alrededor se torna de la forma y el color del que lo queremos ver. Tanto, que no en vano siempre se ha dicho que el amor es ciego. ¿Cómo podemos transformar un saludo en una muestra de amor, un gesto de amabilidad en un deseo sexual, unas palabras sinceras en una declaración en toda regla? Podemos imaginar que una persona está loca por nosotros sin ni siquiera conocerla, sin haber hablado con ella, por el simple hecho de cruzármola cada día, en el trabajo, en la frutería o en el rellano de nuestra propia casa. ¿Es tanta la necesidad que tenemos de ser amados que imaginamos lo que no es? ¿O es que hay algo dentro de nosotros que sabe que imaginarlo, es tan sólo el primer paso para conseguirlo?

*Lo importante es, en último fin, que amemos a quien queramos amar y lo hagamos porque lo sintamos, no porque se nos imponga, ni por personas externas, ni por nuestra propia mente, porque, aunque a veces actuemos dejándonos llevar por las costumbres sociales o por nuestra propia rutina, no debemos olvidar que cada uno tenemos nuestro propio corazón, nuestras propias experiencias y preferencias, nuestra forma de disfrutar de la vida y, en definitiva, de dar y recibir amor.*

*Por todo esto, mi querido diario, hoy me acuesto borracha de amor; soñando con Ángela y con todo aquello que creí leer entre líneas; sigo imaginando que algún día mi amor hacia ella será correspondido, y, sobre todo, me siento afortunada y agradecida por todo lo que esta noche hemos compartido.*